

## § II.—La unidad romana.

Los césares romanos se creían señores del mundo. Esta ambiciosa pretension, comparada con la realidad, nos hace ver la nada de las grandezas humanas. Los señores del mundo no sospechaban la existencia de la América y de la Oceanía; apenas habian oido hablar del inmenso imperio de la China; la India no la conocian más que por las narraciones de los Griegos; los Persas les disputaban el Asia; el Norte ocultaba las poblaciones germánicas que habian de poner fin al reinado de la Ciudad Eterna. Sin embargo, el pueblo-rey podia estar orgulloso de sus vastas conquistas; las debia á la fuerza de las armas, á un valor invencible secundado por una política hábil. Despues de la destruccion del imperio de Occidente, los emperadores de Oriente heredaron las pretensiones de Roma. Consideraban á los Bárbaros, dueños de la Europa; como usurpadores de un dominio del cual ellos eran los legítimos soberanos. Los Césares de Constantinopla tomaron el título de emperadores de los Romanos: parecia que este nombre establecia un derecho á la dominacion del mundo. Roma, dice Constantino Porfirogeneta, ha abdicado el Imperio desde que se ha sometido al yugo del Papa; Constantinopla es la *ciudad imperial, la señora del universo* (1). Cuando los césares griegos eran coronados, el pueblo los aclamaba llamándolos *la alegría y la gloria de la tierra* (2). Las aclamaciones aumentaban cuando alguno de aquellos vanidosos Césares alcanzaba una victoria. Entónces se gritaba por tres veces: «¡Vivan muchos años los emperadores, cuyo nombre resuena en el mundo entero!» Otras tres veces se gritaba: «Viva muchos años el Emperador, deseado por el mundo entero!» (3). Constantino Porfirogeneta da instrucciones á su hijo para que pueda gobernar con mano segura *la nave del universo* (4).

(1) CONSTANTIN. PORPHYROG., de *Themat.*, II, 10; II, 1.(2) IBID., de *Cerimoniis aulae byz.*, I, 38.(3) IBID., de *Admin. imperio*, I, 1.(4) IBID., de *Cerim. aulae byzant.*, II, 19.

Al orgullo romano unian los señores de Constantinopla la vanidad griega. Los Bárbaros hacian temblar la tierra bajo sus piés; cuando aparecian bajo los muros de la nueva Roma, los Griegos se ocultaban: sin embargo, los habitantes de Bizancio conservaron hácia los hombres del Norte el desprecio que los helenos habian siempre manifestado respecto de los pueblos extranjeros. El orgullo romano, la vanidad griega y la debilidad bizantina hacian de la unidad romana en la Edad Media un espectáculo ridículo. Si la raza germánica que volvió á levantar el trono de los Césares carecia del genio de la unidad, por lo ménos tenia á su favor la fuerza. Carlo-Magno no era un sucesor indigno de los emperadores romanos. Los califas, que en ménos de un siglo conquistaron el Asia, el Africa y la España, tenian algun derecho para llamarse señores del Oriente y del Occidente. Pero los Césares griegos no tenian de emperador universal más que la vana pompa y los títulos; llamábanse reyes de los reyes, y temblaban detras de sus murallas á la vista de los pastores árabes; despreciaban á los Bárbaros y pagaban tributos á todos los que se tomaban el trabajo de exigirlos.

La unidad bizantina no desempeña un papel activo en el destino de la Edad Media; Constantinopla no tiene más que un poder de resistencia. Los verdaderos señores del mundo son los Germanos y los Arabes, el Papa y el Califa. Solamente uno de los Césares griegos estuvo, al ménos por su ambicion, á la altura de su vanidad. Justiniano reconquistó de los Bárbaros el Africa y la Italia; los Godos, aterrados, enviaron una embajada al rey de los Persas para proponerle una alianza contra el enemigo comun: «El emperador, decian, se propone nada ménos que invadir el mundo entero; despues de habernos vencido, dirigirá su poder contra los Persas; para conjurar este peligro es preciso atacarle á fin de dividir sus fuerzas.» En esto hacian demasiado favor á Justiniano; el príncipe, á quien acusan de que aspiraba á la monarquía universal, era el juguete de los Bárbaros. Mientras Rávena abria sus puertas á Belisario, los Búlgaros devastaron el Imperio desde los arrabales de Constantinopla hasta el golfo de Jonia; destruyeron treinta y dos ciudades y volvieron á pasar el Danubio, llevándose 120.000 súbditos de Justiniano atados á la cola de sus

caballos. Tres mil Esclavones se atrevieron á dividirse en dos partidas para saquear las ciudades de Tracia y de Iliria. Los Bárbaros veían la debilidad de los Griegos y la insultaban. Los Gepidos plantaron sus banderas en las fortalezas de Sirmium y de Belgrado que defendían la frontera del Danubio; escuchemos su justificación: « Son tan extensos vuestros dominios, dicen á Justiniano, tan numerosas vuestras ciudades, que andáis buscando naciones á las cuales podáis ceder tan inútiles posesiones. Los valientes Gepidos son vuestros aliados fieles; si se han anticipado á vuestro donativo, han demostrado con esto su justa confianza en vuestra bondad » (1). El príncipe, que escuchaba tales insolencias sin castigarlas, no era temible para la libertad del mundo.

Rivales terribles disputaron el título de emperador de Roma á los débiles sucesores de Constantino: el Papa ciñó la corona imperial á las sienas de Carlo-Magno en medio de las aclamaciones de los Romanos. Los Césares griegos no protestaron contra la usurpacion de un Bárbaro, pero nunca concedieron á los emperadores de Occidente los títulos de tan alta dignidad; aún cuando se vieron más de una vez obligados á solicitar la alianza de los señores de la Europa, no sacrificaron su vanidad (2). Tomaban el título de *Emperador de los Romanos*, y para calificar á los jefes de los Bárbaros empleaban la palabra bárbara *rega* (3). Estos títulos dieron lugar á una polémica entre Luis II de Germania y Basilio de Constantinopla. Luis reclamó contra la calificación de *rega*. No se conserva la carta del emperador griego; la respuesta de Luis nos da á conocer que Basilio fundaba su negativa en la antigua costumbre que había consagrado el título de emperador á favor de los sucesores de los Césares romanos. La defensa de Luis es una pura pedantería; diserta acerca de la significacion de las palabras (4). No era esta la cuestion. La polémica acerca de los títulos ocultaba la ambicion de los Césares de Bizancio; re-

(1) PROCOP., de *Bello pers.*, II, 2, 4; de *Bell. Goth.*, III, 34.

(2) Durante las Cruzadas los emperadores de Constantinopla afectaron siempre superioridad en sus relaciones con los emperadores de Alemania (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, I, 505; II, 435, 437).

(3) DOM BOUQUET, *Recopilacion de los historiadores*, t. VI, p. 336.

(4) *IBID.*, t. VII, p. 572.

conocer la dignidad de emperador á los jefes bárbaros del Occidente hubiera sido abdicar el Imperio del mundo que les había legado Constantino; no abdicaron jamas (1).

La discusion se repitió en tiempo de los Othones. Nada más curioso que la embajada del obispo Luitprando en Constantinopla; el malicioso prelado nos hace conocer la corte de Bizancio en toda la pompa de su ridículo. Tratábase de unir por medio de un matrimonio á las dos familias imperiales; pero había un obstáculo: Othon tomaba el título de emperador de los Romanos, y los Griegos no querían concedérselo á ningun precio. Los emperadores del siglo X seguían con la pretension de ser los señores del mundo; eran verdaderos emperadores de teatro. Eran señores *in partibus* de los Godos, de los Persas, de los Francos y de los Anglo-Sajones. En las ceremonias solemnes estas diversas naciones estaban representadas por mercenarios, los cuales repetían, cada cual en la lengua de su país, las aclamaciones que prescribía la etiqueta imperial (2). ¿Cómo habían de consentir que los Bárbaros usurpasen aquella magnífica dominacion? « Vosotros no sois Romanos, decían los Griegos á Luitprando; no sois más que Lombardos, Francos y Sajones. » Entónces dió el embajador la famosa respuesta que caracteriza tan admirablemente la oposicion de la barbarie germánica y de la decrepitud romana: « La mayor injuria que nosotros los Lombardos, los Sajones y los Francos podemos hacer á un hombre, es llamarle Romano. Esta palabra encierra para nosotros toda la bajeza; cobardía, avaricia, impureza y mala fe que se puede imaginar » (3).

El papa Juan envió nuncios á Constantinopla en apoyo del enviado de Othon; sus cartas daban á Othon el título de emperador de los Romanos y llamaban á Nicéforo *Emperador de los Griegos*. Esto hizo estallar una tempestad; la indignacion de los Griegos

(1) CONSTANTINO PORPHYROGENETA trae, en su Tratado sobre el ceremonial de la corte de Bizancio, la fórmula que se empleaba al escribir á los príncipes extranjeros. El título es siempre la palabra bárbara de *rega* (De *Carim. aul. byzant.*, II, 48). ANNA COMNENO califica igualmente de *ph̄x* al emperador de Alemania.

(2) *IBID.*, de *Carim.*, I, 75.

(3) LUITPRAND., *Legatio ad Nicephorum* (MURATORI, *Scriptor. rerum italic.*, t. II, p. 481).

se desató en invectivas y maldiciones: « Se asombraban de que aquella palabra temeraria escrita no hubiera dado muerte al portador de la carta. Acusaban al mar por no haberse tragado á aquellos miserables Bárbaros; maldecían á las olas porque no habían destrozado la nave con los embajadores. ¡ Un Bárbaro, un pobre diablo de Papa atreverse á llamar *Emperador de los Griegos* á nuestro César Augusto, que es emperador universal de los Romanos! ¡ Oh cielo! ¡ Oh tierra! ¡ Oh mar! Pero ¿ qué vamos á hacer con esos malditos comisionados? Dar muerte á esos bribones es manchar nuestras manos con su impura sangre; azotar á esos villanos esclavos es rebajarnos. » Se los retuvo en prision hasta el regreso del emperador. Un eunuco dió cuenta á Luitprando de la indignacion de Su Majestad Imperial: « El Papa ha escrito unas cartas en que llama á Nicéforo *Emperador de los Griegos*. Nos asombra su impertinencia. ¿ No sabe que cuando Constantino trasladó el Imperio á Constantinopla se trajo consigo todo el Senado y la nobleza romana, y no dejó en Roma más que viles esclavos, pescadores, cocineros y demas canalla de la misma ralea? » « El Papa, respondió Luitprando, léjos de ofender al emperador ha creído complacerle. Como habeis abandonado la lengua, el traje y las costumbres de los Romanos, ha supuesto que el nombre de Romanos os sería igualmente desagradable » (1).

La respuesta de Luitprando calmó el furor de los Griegos, y, sin embargo, era una injuria sangrienta. En efecto, los Griegos no conservaban de los Romanos, de quienes se llamaban sucesores, más que el nombre, y no tenían del helenismo más que su incurable vanidad. Los Arabes les quitaron la Siria, el Egipto y el Africa; los Lombardos les quitaron la Italia. La vanidad bizantina encontró remedio para aquellas pérdidas; dieron el nombre de *dominios de Lombardía* á un retazo del ducado de Benavento; crearon una nueva Mesopotamia en la orilla occidental del Eufrates; dieron el nombre de Sicilia á una estrecha zona de la Calabria, y además ¡ los emperadores se hacían aclamar por medio de histriones que representaban á las poderosas naciones del Occidente!

Estas pérdidas sucesivas humillaron el orgullo de los Romanos

(1) LUITPRAND., *Legat.* (MURATORI, p. 485).

del Bajo Imperio, pero no reanimaron su valor ni pusieron correctivo á su vanidad. Se encerraron en un soberbio aislamiento; Constantinopla era para ellos el centro del mundo. No se dignaban ocuparse de las naciones bárbaras que rodeaban al Imperio más que para explotar su valor guerrero y rechazaban toda union más íntima: « Si algun príncipe de esos pueblos del Norte, dice Constantino Porfirogeneta á su hijo, desea unirse por medio de casamiento con la familia de los Césares, es preciso no aceptar tan insolentes proposiciones. Se debe decir á esos Bárbaros que cada animal busca su compañía entre los animales de la misma especie. Las lenguas, la religion y las costumbres dividen al género humano en diversas tribus. Se debe mantener la pureza de las razas, si se quiere conservar la armonía en el universo; su mezcla produciría el desorden y la anarquía. Por estas razones Constantino ha prohibido toda alianza con una familia extranjera. Esta ley, inscrita en el altar de Santa Sofía, declara fuera de la comunión civil y religiosa de los Romanos al impío que osáre manchar la majestad de la púrpura » (1).

Hé aquí el cosmopolitismo de los emperadores del mundo, hé aquí á lo que habia quedado reducida la unidad romana en las manos de los Césares griegos. Una vanidad monstruosa, la más pequeña, la más miserable de las pasiones, era toda la grandeza que quedaba á los señores de la tierra. Abramos los anales de aquella parodia de Imperio; veamos en qué títulos fundan los Bizantinos su superioridad sobre los Bárbaros.

### §. III.—El despotismo imperial.

La antigüedad no ha conocido la verdadera libertad, porque desconocia los derechos del individuo. Hé aquí por qué Roma se dobló bajo el más absoluto despotismo, cuando la soberanía popular se concentró en un solo hombre. Lo único que faltaba á aquel despotismo eran las formas serviles del Oriente. Constantino

(1) CONSTANTIN. PORPHYROG., de *Adm. imperio*, c. 13, p. 86.